



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 6 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Huracanes y tormentas bajo techo

NO TARDO

OLGA DE LEÓN G.

Sientes que no puedes más, que tu cabeza y tu corazón están a punto del colapso total. No fue así, no colapsó di ese día ni al siguiente; la rutina la volvió a la agitada paz de su vida diaria.

Una semana después de la noche de relámpagos, y descargas eléctricas acompañadas de una tormenta intensa, tu corazón presiente la cercanía de la noche de ronda que esperas con ansiedad. Cinco días continuos de soportarlo todo, solo porque sabes que la recompensa será algo más que tu revancha, será el oasis que tu mente pinta emocionada, porque anhelas que ya sea la hora de tus sueños.

La casa está oscura y el silencio la cubre con imaginario y creativo manto de paz y tranquilidad, después de que te has ido a la cama, no a dormir sino a esperar que sea el momento propicio para levantarte de nuevo. Esperas que él también esté en total silencio, sin el menor ronquido, plácidamente dormido, como niño que pasó un día demasiado agitado, con demasiada energía gastada en gritos y quejidos... en vivir egoístamente, disfrutando solo él.

El nunca te pide nada, no tiene necesidad de hacerlo: todo se lo das anticipadamente. Le adivinas el pensamiento y le facilitas hasta el mínimo detalle. ¡Cómo quisieras una vida como la de él!, donde alguien te atendiera a ti. Donde tú fueras esa luz radiante y bella que ilumina los ojos de quien te regala su amor.

Por fin, un día rompiste tus propios tabús, decidiste tener vida propia, una vida inventada a la medida de tus antojos, plena y feliz. Escribir historias, escribir ficciones es el recurso ideal para tener lo que se quiere, cuando no se logra en el día a día, eso te dijiste. Y actuaste en consecuencia a pocos días de pensada tal idea.

Ya era el momento de levantarse de la cama, había pasado el tiempo suficiente para salir de las sábanas —mientras recordabas lo vivido, a veces demasiado tedioso y otras, totalmente injusto y cruel—. Te habías acostado medio arreglada: maquillada y con el pantalón que llevarías esa noche. Así que solo cambiaste la playera por una blusa de seda en un tono de rosa intenso.

Y con el alma palpítandote en la garganta, te encaminaste a la salida del cuarto, abriste y cerraste la puerta tras de ti con sumo cuidado, no debías hacer el mínimo ruido. Descendiste a la primera planta, buscaste el pequeño bolso bajo el cojín del sillón del recibidor, y las llaves de tu auto nuevo que siempre estaban en un cajoncito de la mesita-secreter, la de la correspondencia. Te cercioraste de que llevabas el perfume, no te lo pondrías sino hasta dentro del auto: "Paris de medianoche".

La puerta de la entrada la abriste y cerraste con el mismo sigilo y cuidado que la de la recámara; aunque sabías que con el minisplit encendido, nada fuera de ese cuarto podía escucharse, además, él no tenía un oído agudo, y sí un sueño profundo y pesado después de tres whiskys,



dos tequilas y lo demás.

Ya en el auto, elevaste el rostro como si estuvieras viendo al cielo, y exclamaste susurrando: "Perdóname Señor, por querer ser feliz aunque sea a hurtadillas de la noche... y en otro ambiente: este de casa, me está matando, lentamente".

El auto se deslizaba a buena velocidad, no lo conducías ni muy lento ni demasiado rápido. No encendiste el clima, abriste un poco la ventanilla de tu lado y condujiste disfrutando la brisa de la madrugada. Llegaste a donde te dirigías, bajaste del auto y diste las llaves al joven del estacionamiento; entraste al lugar y de inmediato sentiste todas las miradas sobre tu rostro, por lo que hiciste: irradiabas una secreta felicidad prohibida.

Luego, cuando tu corazón se apaciguó un poco, diste un nombre... y una mujer te condujo hasta la mesa reservada. No había llegado aún, era temprano. Sin pedirlo te llevaron tu vino preferido y, una vez servida la copa, te diste cuenta de que sobre la mesa entre la otra servilleta y la tuya, había una orquídea rosa intenso, como tu blusa de seda, y una nota bajo ella con solo una frase: "No tardo".

REMOLINOS EN EL CORAZÓN
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

"Chicas, saluden a Samanta", les dices a tus perritas en el camino al elevador, ordenándoles que se detengan a oler a la Bulldog inglesa; pero a ti la única que te interesa es la mamá de Samanta, Milena. En ese momento no sabes ni cómo se llama, pero tiene el tipo de belleza que

crees que jamás se metería en la cama contigo. Piensas que con la vecina podrías superar la experiencia, tal y como la que imaginabas aproximadamente, de acostarte con alguien más bella que tus modelos.

Continúas de frente, jalando a tu par de perritas, sin notar la falta de caballerosidad, la brutalidad con la que no ha cedido el paso a su vecina. Es que intentas disimular tu interés en ella. ¿Lo lograste? Ni en sueños, no se puede ser esa Milena sin al tiempo ser consciente de los sentimientos que despierta entre los aledaños. Es tan hermosa que debe querer hacerse el amor a sí misma. Es como agua del cielo colada entre la tierra de un bosque quemado: sabe que resucitará las raíces más secas; aunque su humedad no roce ni las cepas.

Suben, los cinco, al ascensor y, por primera vez, desaparece de ti el prototipo de la falsa apatía. En principio es simple curiosidad; le preguntas: "¿Trabajas en la Torre?... ¿a qué te dedicas exactamente?". Piensas que debe ser financiera de profesión, pero su respuesta te sorprende, ¡bum!, es nutrióloga, estúpido; justo lo que andas buscando.

- Debería ir contigo a consulta -le dices-. ¿Dónde te encuentras?

- Al rato paso a dejarte una tarjeta a tu departamento, -te responde.

Y tontamente lo piensas durante cinco segundos, no lo asumes como un hecho a punto de suceder. Y al final del lamentable lapso de silencio, rematas diciéndole que vas a salir, mientras que ella, hasta ese momento, aún mantenía su curiosidad por conocer el estudio de un músico.

Peter te diría, con su calma característica: "Las palabras tienen un significado directo, pero también se les puede asociar una significación indirecta; y tú no solo eres incapaz de entender la palabra convertida en subtexto, tampoco lees las emociones ni los sentimientos más simples de los personajes que aparecen en tu propia novela.

Y te defenderías diciéndole: "expresarse poéticamente requiere de imágenes; yo no soy escritor para interpretarlas". Percibes la belleza por los gestos y maneras en que la gente se expresa, no por el significado de las cosas que pronuncia. "Si ella estaba dejando jalar hilo, no lo entendí". Tu ignorancia es un acontecimiento literario tan grande que, desde mi punto de vista, lo único que puedes hacer ahora es escribirlo y presumirlo en tu taller literario.

Si fueras a escribir una fantasía sobre la creación del mundo, tú describirías únicamente el cómo se hicieron los cielos y la tierra, y no el cómo Eva, con o sin ayuda de la serpiente, se acercó a Adán.

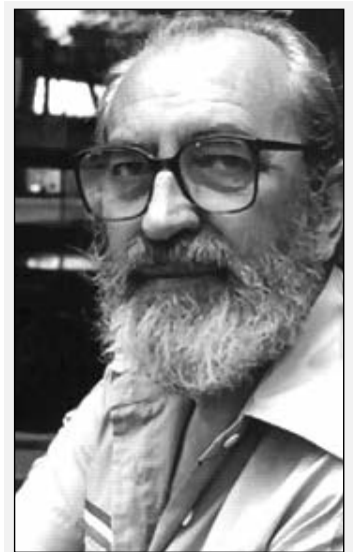
De pronto, te das cuenta de ello: Tu encuentro con la vecina es más importante, no por su belleza física, sino porque se te dificulta pasar el tiempo solo, después de tu último descalabro. Se te ha complicado, como diría Peter, hacer sociedad, al igual que se te enreda en la mente los mensajes ocultos detrás de las palabras. Vives una situación tan distinta a la que Peter experimentaría: él puede pasársela de amigas y preservativos sin timidez; su especialidad.

Se abre la puerta del ascensor. Es tu piso. Aquí debes bajar. Vamos, no lloriques, no hay manera en que puedas recuperar lo perdido. Despidete. Dile que al día siguiente la buscarás para recoger su tarjeta; aunque al día siguiente no te abra su puerta.

Pero sigues buscando una palabra qué decir; miras el techo; sus tacones rojos; observas los botones encendidos del elevador. Estiras la palma de la mano para impedir que la puerta vuelva a cerrarse. Quieres un consejo y no hay nadie que te lo puede dar. Tú y Milena, solos en el ascensor. Y le dices: "Cuando compongo música, a veces pienso en ti. Observo la ventana e imagino que guardas alguna historia que valdría la pena contarse". Sonríes. Ella no dice nada.

"Chicas, aquí bajamos", le dices a tus perritas. Y sales del ascensor con ellas. Hay una espuma salvaje flotando a tu alrededor, y no te das cuenta de ello. Introduces la llave en la chapa y abres la puerta, en silencio. Escuchas las pisadas de tus perritas, que entran y toman sus lugares, esperando a que les limpies las patitas con una toallita húmeda para bebés. Luego de eso, podrán subirse a los sillones.

Giras tu cuerpo para cerrar la puerta y ahí están: Milena y su hija perruna, Samantha, esperando un abrazo. Listas. No para contarte su historia, sino para que tú y ella escriban juntos un nuevo suceso en sus vidas. El huracán se asienta en tu corazón.



Angel González

(Oviedo, 1925 - Madrid, 2008) Poeta español. Adscrito a la Generación del 50, el tono irónico de su obra implica la superación de la poesía social de posguerra. Hijo y nieto de enseñantes, estudió magisterio en su ciudad natal mientras cursaba la carrera de derecho como alumno libre, obteniendo el título de licenciado en 1949. Tras ejercer como maestro durante varios meses en una aldea de Páramo del Sil (León), trabajó como crítico musical en La Voz de Asturias mientras convalecía de una tuberculosis.

Ingresó luego en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, donde conoció a Vicente Aleixandre, quien lo animó a publicar sus poemas. En 1954 obtuvo por oposición una plaza en el Ministerio de Obras Públicas, y fue destinado a Sevilla. Al año siguiente solicitó una excedencia y se trasladó a Barcelona, donde entró en contacto con Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma y José Agustín Goytisolo, poetas todos ellos vinculados a la llamada «Generación del 50», a la que también pertenecieron autores como José Manuel Caballero Bonald, Claudio Rodríguez, José Hierro o José María Valverde.

En 1956 concursó al Premio Adonáis y recibió un accésit por su libro *Áspero mundo*. Reintegrado a su empleo de funcionario, trabajó en Madrid hasta que, en 1972, se trasladó a Estados Unidos como profesor de literatura española contemporánea en la Universidad de Nuevo México, Albuquerque. Tras su jubilación, regresó a España en febrero de 1994, y en 1996 fue designado miembro de la Real Academia Española. En 1985 había recibido el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Considerado como uno de los máximos representantes de la denominada "poesía social" entre los poetas de la Generación del 50, su recurso al escepticismo y la ironía como instrumentos de crítica de la sociedad española destacaba ya en su obra *Áspero mundo*. El uso de la ironía como medio de eludir la censura está también presente en su segundo libro, *Sin esperanza*, con convencimiento (1961), nueva muestra de una poesía testimonial que alcanzó su madurez en *Grado elemental* (1962), obra galardonada con el Premio Antonio Machado.

Una selección de los poemas recogidos en *Tratado de urbanismo* (1967) anunció la segunda etapa en la poesía del autor, caracterizada por una disminución del contenido narrativo y una mayor atención a lo esencial e íntimo.

Su labor como docente dio pie a que publicara varios ensayos de crítica literaria en los que examinó preferentemente la obra de poetas españoles, desde clásicos como Quevedo hasta contemporáneos como Gabriel Celaya, pasando por Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y los poetas del 27. De su producción ensayística cabe citar *Juan Ramón Jiménez* (1973), *El grupo poético de 1927* (1976), *Gabriel Celaya* (1977), *Aproximaciones a Antonio Machado* (1979), *Historia social del trabajo* (1975), *Quevedo* (1984) y *Franco, dolor de España* (1976).

ad pédem literae

"No pienses. El pensamiento es el enemigo de la creatividad. [...] Simplemente dedícate a hacer cosas."

Ray Bradbury

Letras de
buen humor

"Hay libros de los cuales la parte de atrás y las cubiertas son de lejos las mejores partes."

Charles Dickens

Joana Bonet

Defensa del placer

Nos domina una sensación de paisaje arrasado, de manual de supervivencia que destierra el placer. No es tiempo para sensualismos, boca y nariz en profilaxis, aunque las corrientes de aire en las noches de verano acaricien los muslos y nos hagan cosquillas en la nuca. La sensación es "un modo confuso de pensar", aseguraba Descartes, y en el imaginario occidental persiste la idea de que a la voluptuosidad la acompaña cierto halo de sospecha.

Los sentidos permanecen envasados en conserva. No son frívolos ni ingenuos quienes agitan el salero de la poética para escapar del dictado de la actualidad y sorber el azul del mar. "No es momento para sutilezas", dicta el ceñudo discurso de la crisis. Y la gente se siente atrapada dentro de una especie de crucigrama del cual no puede salir porque las palabras están mal definidas y la solución no va en el pie de página.

Históricamente, el pensamiento hedonista fue combatido con tópicos y acusa-

do de pretender romper con todo lo establecido, de negar el conocimiento y la moral. Pero ahí tenemos a Epicuro de Samos retratado como un defensor del puro goce, cuando, lejos de bacanales y orgías, el pobre hombre vivió aquejado de intensos dolores físicos y sus enseñanzas no buscaban sino escapar del exceso, persiguiendo el equilibrio y la felicidad. Nuestra fragilidad también puede combatir defendiendo un deleite sin culpa, el mismo que nos empuja a sentir la necesidad del otro. Vamos escalando rutinas, y lejos de conspirar contra la confianza, queremos recuperarla.

Para empezar, en nosotros mismos, que andamos más a pedazos que nunca, como si hubiéramos extraviado una prótesis en lugar de un puesto de trabajo, o como si el futuro se hubiera hundido en alta mar, cuando sigue ahí incierto y sin embargo prometedor.

Nada debería entorpecer nuestro encuentro con la belleza. Que nadie nos juzgue por rozar el éxtasis ante un jardín



oloroso donde sobrevuela una pequeña mariposa blanca, o por exaltarnos ante un Eros disfrazado de melocotón jugoso hasta sorber su hueso rojo.

¿Qué podemos hacer con el placer dispuesto para ser celebrado por el mundo? ¿Sacrificarlo porque la incertidumbre nos golpea? O mejor dejar de sentir miedo y obligarnos a beber cada día una

poción de placer, bien alejados de la idea de vicio o exceso, entendiendo ese don que nos permite escuchar "los acentos del corazón" a la manera Rilke. Porque, de qué serviría defender ideas y creencias, territorios y ligas, si somos incapaces de advertir el gozo que nos aguarda, al alcance de nuestras manos voluntariamente atadas.